

# El ejército pacifista de la Gran Guerra

El conflicto de 1914 propició un ‘boom’ de la literatura antibelicista por escritores que pasaron por las trincheras ● Se editan ahora en español varias obras

TEREIXA CONSTENLA  
**Madrid**

"Dos ejércitos que combaten son un ejército que se suicida", escribió el francés Henri Barbusse en *El fuego. Diario de un pelotón*. Sabía de qué hablaba. Se había alistado como voluntario, rebosante de idealismo, creyendo que aquella guerra que se vaticinaba corta acabaría con todas las guerras del futuro. Aunque en 1916 ganó el Goncourt con su libro, el escritor fracasó con su íntimo sueño, como descubriría si hubiera vivido hasta 1940. Entre las líneas de sus enemigos también afloraron literatos insumisos. Rudolf Frank, actor y dramaturgo reclutado para la artillería alemana, publicó en 1931 *La calavera del sultán Makawa*, definida por él mismo como "una novela contra la guerra para advertir a los jóvenes", frenada en seco por el nazismo, que la prohibiría y quemaría en pira pública para dejar claro que pensaban de los discursos fraternales (además de encarcelar durante un tiempo al escritor, que finalmente se exiliaría en Suiza).

La literatura no descubrió el pacifismo durante la Gran Guerra, pero sí lo abrazó con una vehemencia desconocida hasta entonces. "Frente al interés particular de quienes abogaban por la victoria de uno de los bandos en combate, una serie de autores mantuvieron una defensa de ideales universales como la hermandad entre los pueblos y el consiguiente rechazo a los conflictos basados en la defensa de intereses nacionales", señala Javier Sánchez Zapatero, profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Salamanca, en su artículo *Escribir desde la trincher*a.

Humphrey Cobb, Arnold Zweig, John dos Passos, Ernest Johansen, Frederic Manning, Ernest Glaeser o Erich Maria Remarque, entre otros, usaron sus vivencias en las trincheras para enfriar el ardor guerrero mediante obras [hay una alusión de nuevas ediciones en español: ver la viñeta], que nada tenían que ver con el tono de autores partidistas como Ernest Jünger, Edith Warton o incluso Vicente Blasco Ibáñez, “deseosos de influir en los lectores mostrando visiones idealistas y demoníacas de los respectivos bandos en combate”. “Su papel”, prosigue Sánchez Zapa-



Una página de los Cuadernos de Louis Barthas.

tero, "fue el mismo que el de las maquinarias propagandísticas y mediáticas de los países a los que pertenecían".

El interés no se agotó en los primeros días, como prueba el éxito de los *Cuadernos de guerra*, de Louis Barthas, que acababan de traducirse al español (Páginas de espuma) y al inglés (Yale University Press), y que se imprimieron en Francia por vez primera en noviembre de 1978 con cierta timidez: 4.000 ejemplares. Se evaporaron. Desde entonces se han vendido alrededor de 100.000 libros, según Rémy Cazals, profesor emérito de Historia contemporánea.

nea de la Universidad de Toulouse y artífice de que los manuscritos saliesen a la luz.

“Antes de la publicación de los cuadernos había numerosos escritos de combatientes pero pertenecían a las clases dirigentes e intelectuales. La gran novedad, en Francia y otros países beligerantes, es el descubrimiento de testimonios de origen popular que se habían quedado en un granero o al fondo del armario”, explica Cazals.

En 1914 Louis Barthas era un tonelero con conciencia sindical y cristiana, un pacífico vecino de Peyriac-Minervois que recibió sobrecogido la movilización para la guerra. "El anuncio, para mi estupor, suscitó más entusiasmo que desolación", escribe el 2 de agosto de ese año, poco antes de su partida para acuartelarse en Narbona. Son las primeras impresio-

nes de unos cuadernos (500 páginas) donde anotará todas las vicisitudes bélicas por las que atraviesa durante cuatro años. Cuando regresa, "tras 54 meses de esclavitud", en febrero de 1919, es un furibundo pacifista: "Escapaba al fin de las garras del militarismo, por el que sentía un odio feroz. Este odio se lo inculcaré a mis hijos, a mis amigos, a toda mi gente cercana. Les diré que la Patria, la Gloria, el honor militar y los laureles no son más que palabras huecas destinadas a ocultar todo lo horrible, espantoso y lo cruel que hay en una guerra".

Si Barthas, desde el lado francés, declaró la guerra al belicismo, Rudolf Frank lo haría en Alemania con una nove-

la de título estrambótico, que se hacía eco de un artículo poco conocido del Tratado de Versailles, que conminaba a Alemania a devolver la calavera del sultán Makawa al gobierno británico como parte de las indemnizaciones de guerra. "Hoy, 10 de mayo de 1918", escribió solemnemente Frank, "le declaro la guerra, una guerra fría y personal, al belicismo de Alemania".



Fotograma de *Senderos de gloria*, dirigida por Stanley Kubrick, que adaptó la novela de Humphrey Cobb.

## Últimas ediciones

► **'Cuadernos de guerra'.** De Louis Barthas. Páginas de Espuma.

► **'La calavera del sultán Makawa'**. De Rudolf Frank. Ediciones del Viento.

► **'Senderos de gloria'**. De

Humphrey Cobb. Capitán Swing.

► **'La disputa por el sargento Grischa'**. De Arnold Zweig. RBA.

► **'Más allá de la contienda'.**  
De Romain Rolland. Capitán  
Swing y Nórdica Libros.

► **'Iniciación de un hombre: 1911'**. De John Dos Passos.

Gallo Nero, Errata Naturae.

► **'Tres soldados'**. De John Dos Passos. Debolsillo.

► **'Los favores de la fortuna'.**  
De Frederic Manning. Sajalín.

► **'Trilogía de la I Guerra Mundial'**. De Erich Maria Remarque. Edhasa.

## CORRIENTES Y DESAHOGOS

# Morir en verano

VICENTE  
VERDÚ



La muerte de Ana María Matute ha sido, como la de Carmen Martín Gaité, obviamente, en verano. Y, probablemente, todos los premios Cervantes y sus asimilables, los Nobel y los Pritzker, debían contar con galardonedos cuya última gloria consista en fallecer entre las hogueras estivales que bendijo Thomas Mann. Shostakovich o Le

Corbusier. Cualquier muerte en invierno lleva en su frente una rutinaria premonición. Se muere siempre sin temperatura o incluso bajo cero (bajo tierra) cuando el cuerpo empieza a disponerse, entre copiosas nevadas, para la congelación final.

La muerte, tan convencionalmente unida al frío, tan carente de pulso tibio, yace en coherencia con los inviernos paupérrimos o revestidos de andrajos entre una naturaleza en banca rota. La economía se enfría cuando va mal y se recalienta cuando se cree que va muy bien. En ambos casos puede esperarse una catástrofe pero mientras la primera opción lleva a la desolación absoluta la segunda se alza sobre la insupportable morbilidad del montón.

La muerte en verano es de hecho mucho mayor e insoportable. Más difícil de tragar que la muerte en invierno, donde parece que el cadáver ha solicitado ese calor letal y lo sorbe en un paraje incoloro, sin la guindilla del sexo. Muertos lívidos a se-

mejanza de los paisajes demacrados. Y cuerpos inertes como árboles sin hojas que abandonados a su perfil proclaman la desesperanza de dar frutos y a la humillante conformidad de haberlo aceptado.

No es así, sin embargo, como los seres famosos sucumben bajo el sol. Alasacer perez en estío no será por completo una elección personal del cadáver, pero su gloria ardiente les corona de una categoría superior. Una luz vibrante recubre el féretro como una colección de premios y alrededor del entierro los admiradores son cegados por la corona del sol. Un sol inclemente en correspondencia con la tremenda defunción del personaje que, a pesar de su facundia, ya no necesita hablar. Musita tan solo su descomposición como si el ingenio que lo distinguía se hubiera concentrado en su interior y llevara sus meditaciones al límite de la putrefacción. Putrefacción de plata y de pestilencias que hacen vivir su gran poder organoléptico con cuya inten-

alidad se gestaba la calidad de sus obras.

A efectos históricos, todo se quema antes de la incineración que no será sino un elemento ajeno. En el crematorio el cuerpo se hace puro mineral pero antes, en la insólación, el cuerpo y la mente son más brillantes que nunca. Todos los grandes festejos mortales, los funerales de calidad, las exequias memorables tienen lugar en estío como hizo saber Kafka, puesto que el verano es una estación destinada a aniquilar la vida frívola. Con la frivolidad, en fin, de la vida. Tiempo en que una majestuosa garganta engulle los mejores condimentos humanos y los guisos inimitables de los creadores con mejor talento.

Manjares que el estómago estival aguar-  
da para incorporarlos a su eterna diges-  
tión. En ella, los autores y autoras con ma-  
yor cantidad de moléculas geniales arden  
y, al cabo, aumentan la hoguera humana  
que asciende la efeméride hasta el esófago  
y provoca su conocido vómito de oro.